

DOÑA INÉS DE CASTRO.

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

ESCRITA EN FRANCES

POR M. HOUARD DE LA MOTTE,

traducida y acomodada al teatro español:

Quilroy y Zanate

Representada por la primera vez en Madrid en el teatro del Principe en setiembre de 1826.

MADRID, 1826.

IMPRENTA DE D. MIGUEL DE BURGOS.

PERSONAS.

ACTORES.

D. ALFONSO, <i>el justiciero</i> , Rey de Portugal.	} Señor Joaquin Caprara.
LA REINA.	} Señora Rosa Peluffo.
DOÑA CONSTANZA, hija de la Reina.	} Sra. Joaquina Baus.
DON PEDRO, hijo del Rey.	} Señor Carlos La-torre.
DOÑA INÉS DE CASTRO, dama de la Reina.	} Señora Concepcion Rodriguez.
D. RODRIGO, Príncipe de la sangre de Portugal.	} Señor Santiágo Casanova.
D. ENRIQUE, Grande de Portugal.	} Señor Antonio Silvostrí.
EL EMBAJADOR del Rey de Castilla.	} Sr. Luis Fabiani.

DOS GRANDES DE PORTUGAL.

D. FERNANDO, criado de D. Pedro.

DOS NIÑOS Y SU NODRIZA.

CORTESANOS.

GUARDIAS.

✓ *La escena es en Lisboa, en el palacio de don Alfonso.*

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

El Rey, la Reina, doña Inés, don Rodrigo, don Enrique, cortesanos.

EL REY.

¡Don Pedro no me sigue! Su modestia
Sin duda le prohíbe ser testigo
De la fama debida á sus hazañas.
Vos, cuya sangre, noble don Rodrigo,
Se interesa en su gloria; y vos, Enrique,
Que habeis con él triunfado y combatido,
Ayudadme á gozar de su grandeza
Y á admirar su valor y su heroísmo.
Vos, señora, del ínclito Fernando
Ved el Embajador.

1 A la Reina.

a 2

ESCENA II.

*Los precedentes, el Embajador de Castilla
y su séquito.*

EL EMBAJADOR.

De vuestro hijo
Las gloriosas proezas son tan gratas
A toda la Castilla como han sido
Al mismo Portugal. El Rey Fernando
Participa, Señor, del nuevo brillo
De vuestro augusto trono, y por mi boca
Os manifiesta el sumo regocijo
Y la satisfaccion que experimenta.
En vuestro sucesor esclarecido
Os veis reproducir. Señor, ¡cuán dulce
Es á los grandes Reyes tener hijos
Que en gloria y en virtudes les igualen;
Y el honor de mil lauros adquiridos
En sangrientas batallas, confiado
A tan valientes manos, transmitirlo
A la posteridad! No bien don Pedro
De la infancia salió, ¡cuando á los filos
De vuestro acero vió caer deshechas
Las huestes sarracenas, destruidos
Sus baluartes, sus lunas arrolladas,
Y vuestros campos en su sangre tintos.

Vos trazásteis, Señor, la noble senda
 Que á la inmortalidad le ha conducido.
 Vuestro rayo en sus manos invencibles
 Funesto ha sido al africano impío.
 A su vista los bárbaros se aterran.
 En torpe fuga de su brazo invicto
 Huye el que puede; el que resiste cae,
 O el carro vencedor sigue cautivo.
 Señor, los intereses de Castilla
 A los de Portugal están unidos,
 Y élla misma triunfante se contempla
 Viendo triunfar á Alfonso y á su hijo.

EL REY.

No es sola la amistad la que me liga
 A vuestro Rey. Desde su trono al mio
 Ha pasado su madre. Otro himeneo
 Acabará de unir nuestros destinos
 Enlazando á mi hijo con su hermana,
 Como fue en los tratados convenido.
 Harto lo han retardado los horrores
 De los combates; pero en fin hoy mismo
 Se celebra, y el júbilo y la gloria
 Se verán en Lisboa confundidos.
 Partid pues, y al Monarca castellano
 Haced saber de Alfonso los designios.
 Decidle que este plácido himeneo
 Va á premiar de don Pedro los servicios.

ESCENA III.

El Rey, la Reina, doña Ines.

EL REY.

Sí señora : la suerte de Constanza
 Se va á fijar. Es cierto que debimos
 Celebrar en un dia las dos bodas ;
 Pero entonces no pude al hijo mio
 La gracia rehusar que me pedia
 De lidiar con los fieros enemigos
 De Portugal. Yo mismo armé su diestra
 Y animé su valor. Si ha diferido
 El alto honor de recibir la mano
 Y la fe de Constanza, su designio
 Fue volver á sus plantas victorioso,
 Digno de ella y de mí. Yo por un hijo
 Me privé de vencer. Gracias al cielo
 Excedió á mi esperanza su heroismo.
 Los africanos mi clemencia imploran :
 La mitad yace en oprobiosos grillos,
 El resto tiembla, y aun respira apenas
 En sus vastos desiertos guarecido.
 A tan dulce placer yo me abandono
 En tanto que asombrados del prodigio
 De su valor mis súbditos le aplauden
 Y como á Rey le aclaman. Sí : él es digno

De toda la ternura de Constanza.
 Este dulce himeneo, yo lo afirmo,
 A mi hijo y á mi pueblo hará dichosos:
 Unico objeto de los votos míos.

LA REINA.

Señor, la indiferencia de don Pedro
 Me inquieta á mi pesar. Algún motivo
 Secreto le retrae de este enlace.
 Al lado de mi hija yo le he visto
 Desdeñoso, violento. De su boca
 Una expresion de amor nunca ha salido.
 Ni siquiera parece haber notado
 Su beldad. ¡ Ah Señor! Si vuestro hijo
 Resistiera....

EL REY.

¡ Recelos importunos!
 Excusad la fiereza de un caudillo,
 De un héroe naciente todavía
 De su primer victoria envanecido.
 Bien pronto esa altivez, ese entusiasmo
 Sujetará el amor á su dominio,
 Y de un dichoso nudo el alto precio
 Conocerá mejor.

LA REINA.

Os lo repito:
 Yo temo sus desprecios. ¿ Por qué causa
 Honrar con su presencia no ha querido
 Del castellano embajador la audiencia?

No lo dudeis, Señor: huye de oiros
 Recordar un tratado que no puede
 Sellar su corazon fiero y esquivo.
 Si él resistiera....

EL REY:

¿Qué decís, Señora?

Don Pedro resistirme! ¡O Dios! ¡Me irrito,
 Tiemblo de imaginarlo! Si él osára
 Ultrajar de ese modo á un Rey benigno,
 A un padre bondadoso.... ¡Desgraciado!
 Yo le haria sufrir todo el castigo
 Que merece un rebelde. Si el orgullo;
 De su triunfo le arrastra á ese delito,
 Yo le haré conocer que de las leyes
 No le exime la gloria que ha adquirido,
 Ni el valor, ni la sangre. Si á mi lado
 Le admira Portugal, su alto destino
 Le obliga á dar ejemplo de obediencia
 Como primer vasallo, y es preciso
 El mas reo, el mas pérfido juzgarle,
 Si no es por su desgracia el mas sumiso.
 Pero, Señora, lejos de nosotros
 Tan siniestras ideas. Mi designio
 A la Princesa anunciaré. Don Pedro....
 Sabe que soy su Rey: bastante os digo.

ESCENA IV.

La Reina, doña Inés.

LA REINA.

Tú acabas de escuchar mis justas quejas,
 Inés, y de mi esposo ya has oído
 La determinacion. Tú del arcano
 Que causa mi inquietud y mi conflicto
 Me puedes informar, pues del Infante
 Gozas la confianza. Yo le he visto
 Siempre contigo afable y complaciente.
 Sí honra mi córte, siempre distraidos
 De otro objeto sus ojos, nada buscan,
 Nada ven sino á Inés... Dime, te pido;
 ¿En qué consiste que don Pedro solo
 De Constanza no vé los atractivos?
 Dí: ¿qué funesto misterioso velo
 Tanta belleza oculta á sus sentidos?
 ¡Ah! Jamas el orgullo de una madre
 Se ha fundado mejor. De mi cariño
 Cuantos ven á Constanza participan.
 Tantos dones en ella reunidos;
 Sus virtudes, su cándida modestia
 ¿No podrán preservarme del suplicio
 de verla despreciada?

INÉS.

¡Qué, señora!
¿Tan feroz á don Pedro habeis creído
Que pueda rehusar sus homenages
A tan rara-beldad? No me permito
Penetrar sus secretos; pero siempre
Que me habla de la Infanta sus hechizos
Admira, sus virtudes reconoce,
Y como vos la alaba.

LA REINA.

¿Y no ha podido
Decir á nadie sino á tí que la ama?
¡Guárdate de engañarme! Te lo aviso;
¡Guárdate de mi cólera!— El ingrato
No ama no á la Princesa: ya está visto.
A quien ama es á tí.

INÉS.

¡A mí, Señora!

LA REINA.

Sí; á tí. Tú de sus bárbaros desvíos
Eres sola la causa. Si pretendes
Desmentirme, abandóname el indigno
Objeto de su amor y de la fiera
Implacable venganza que respiro.
Solo puedes así justificarte
Y evitar el horror de tu suplicio.

ESCENA V.

DOÑA INÉS.

¡O cielo! ¿qué he escuchado? ¡Qué terrible
Tempestad me amenaza! No hay arbitrio.
Todo debo esperarlo de sus iras.
¡Ah! si solo temiera mi exterminio...

ESCENA VI.

Doña Inés, don Pedro, don Fernando.

INÉS.

Príncipe amado, oid mi desventura.
Mas yo tiemblo. Si somos sorprendidos....

DON PEDRO.

Don Fernando, observad si alguno viene.
¿Qué infortunio me anuncia repentino
Ese rostro de lágrimas bañado?
Habla: ¿qué pena.....

INÉS.

Príncipe querido,
Vuestra esposa es perdida.

DON PEDRO.

¡Tú perdida!

¿Y por qué ese terror?

INÉS.

El amor mio

Bien previó estos momentos de amargura
 Cuando mi mano os dí: Mis vaticinios
 Van á cumplirse. El Rey ha decretado
 El himeneo de Constanza. Hoy mismo
 Os pretende estrechar á consagrarla
 Vuestra fe en los altares. ¡O martirio!
 El ignora el obstáculo invencible
 Que se opone á tan duro sacrificio.
 Por colmo de desdichas ya la Reina
 Me sospecha, señor. Si hubiérais visto
 Su rabia, sus violentas amenazas
 Contra el objeto á quien el cielo quiso
 Honrar con vuestro amor. ¡Ay! ¿á qué excesos
 Ese furor zeloso y vengativo
 No es capaz de arrastrarle, si una esposa
 Halla en vez de una amante? ¿Qué otro arbitrio
 Sino la muerte bastará á vengarla
 Y al bárbaro placer de desunirnos?

DON PEDRO.

Cálmate, amada Inés. Esos temores
 Me ofenden. ¿Qué venganza, qué peligros
 Puedes temer, cuando mi amor, mi brazo
 Guardan tu amable vida?

INÉS.

¿Habeis creido
 Que yo temo por mí? No, caro esposo,

Juzgad mejor de Inés. De ese amor mismo
 Que os merezco dimanar mis temores.
 Yo sé cuanto dolor, cuanto conflicto
 Mi muerte os causaría, y vuestra pena
 Me aflige mucho mas que el riesgo mio.
 Vos lo sabéis: la plácida esperanza
 De reinar algun dia no me hizo
 Apetecer, señor, vuestro himenéo;
 Y si en violar la ley he consentido
 Que semejante enlace califica
 De un rebelde atentado, á este delito,
 Vos lo sabéis, vuestro interés tan solo
 Me pudo conducir. Siempre oprimido
 De tristeza y pesar os contemplaba
 Cien veces despechado el hierro impío.
 Quisísteis asestar á vuestro seno.
 Ceder, á tantos ruegos fué preciso
 Y aventurarme á todo por salvaros.
 No me arrepiento: el cielo me es testigo:
 Sobre el cadalso mismo entre tormentos,
 Si á mí sola alcanzase mi castigo,
 Si con él vuestra dicha asegurase
 Me veríais alegre bendecirlo.

DON PEDRO.

¡Ah! No es menos ardiente y generosa
 La pura llama que en mi pecho abrigo.
 Ser tu esposo es mi gloria y mi delicia.
 Bien sé cuanto te debo: no lo olvidó.

¿Y qué no haré por tí? ¿Quién será osado
 A ofenderte? ¿El menor de tus suspiros
 Qué de sangre costára! no hay respetos
 Despues que para siempre nos unimos
 Que al amor conyugal ceder no deban;
 Y mi justo furor.....

INÉS.

¿Tiemblo de oiros!
 Si de veras me amais, tened presente
 Aquella gracia que mi fiel cariño
 Os pidió el mismo dia venturoso
 Que mi esposo os llamé. ¿La habeis podido
 Olvidar? Humillada á vuestras plantas
 Os conjuré, señor, entre gemidos
 A serme fiel, á nunca haceros reo,
 Por mas grave que fuera mi peligro,
 De una guerra inhumana y parricida,
 Y á vuestro Rey.....

DON PEDRO.

Yo..... nada he prometido
 Me eres de mucho precio, y por salvarte
 Nada respeto, á todo me decido;
 Mas tu seguridad es lo primero.
 Huye, querida esposa, Yo no vivo
 Viéndote amenazada. Prevengamos
 La aleyosa traicion. Lleva contigo
 De nuestro casto amor las dulces prendas.
 Huid, huid de este fatal recinto....

Mi respuesta á las órdenes que espero
 Va á enfurecer á Alfonso. Ya vencidos
 Los agarenos, ¿qué pretexto queda
 A mi tenaz repulsa? ¿qué partido
 He de tomar? Forzoso es declararle
 Que al pactado himenéo no suscribo,
 Ni puedo suscribir. Yo le conozco:
 Es inflexible. El bien estar de un hijo
 No dudará inmolar á su tratado.
 Y si al fin, indagando los motivos
 De tanta obstinacion, la Reina sabe
 Nuestro secreto enlace... ¡Ah! me horrorizo.
 Mi padre, no lo dudes, tu garganta
 Entregaría al bárbaro cuchillo,
 Y yo desesperado... Huye, infelice,
 Libértame de tan atroz martirio.
 Huye.

INÉS.

Me perdería con la fuga.

Lo que ocultar debemos con sigilo
 Descubriría entonces. Yo prefiero
 Aquí permanecer. Pero es preciso
 Armarnos de constancia, y disipando
 Toda sospecha, hacer el sacrificio
 De no vernos, señor, hasta que luzcan
 Dias mas venturosos y tranquilos.

DON PEDRO.

Yo lo consiento á mi pesar. Alfonso

Va á escuchar mi repulsa. Solo exijo
De tí que no en tu rostro manifiestes
El menor interes....

INÉS, sale que se va.

¡Oh Dios! ¿qué auxilio
De mi débil razon esperar puedo?
Yo que apenas el júbilo reprimo
Al oír vuestro nombre!

DON PEDRO.

¡Adios! Descansa
En la fe de mi amor constante y fino.
Solo la muerte separarnos puede.
En tus brazos la juro.... ¡Adios, bien mio!

INÉS.

¡Adios! — ¡Ah! ¡Con qué pena me separo!
¡Para siempre tal vez nos despedimos!

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

El Rey, doña Constanza.

CONSTANZA.

¿Es posible que un Rey á quien Constanza
Mira como á su padre, de mis ruegos
No se deje mover, y á pesar mio
Querais apresurar un himenéo
Que el recíproco amor, no la obediencia,
Debiera consumir? ¿Por qué á don Pedro
No reservais ese cuidado? Nada,
Nada puede, señor, comprometeros
A acelerarlo. ¿Acaso me he quejado
De verlo diferido tanto tiempo?
Bien sé que nuestra union fue sancionada
Por los mas respetables juramentos;
Mas no se fija el dia en los tratados.
Solo á vuestra prudencia y vuestro celo

Encomendó mi hermano el doble nudo
Que asegura su dicha y su contento.

EL REY.

Ese noble teson no me sorprende:
Es muy digno de vos; mas no consiento
Mas dilacion, y fuera el consentirla
A todos injurioso. Quanto menos
Os oigo murmurar, mas reconozco
Que solo mi deber escuchar puedo.
Mi determinacion ya está tomada.
Don Pedro va á venir, y estoy resuelto
A obligarle....

CONSTANZA.

Señor, por gracia os pido
Nada precipiteis. ¿Entre los vuestros
No contais mi interés? Si desde el dia
Que vine con mi madre en complaceros
Mi gozo se cifró; si mi ternura
Y mi veneracion los halagüeños
Nombres de padre é hija anticiparon,
Dignaos conceder....

EL REY.

No sé qué debo
Presumir de tan firme resistencia.
¿Por ventura es el Príncipe un objeto
Odioso á vuestros ojos? ¿Es su mano
Indigna de la vuestra? No comprendo
Por qué temeis su enlace. Hablad, Constanza:

¿ Vos mirais á mi hijo con desprecio?

CONSTANZA.

¡ Despreciarle Constanza! ¿ Y es posible?

Yo esperara, Señor, con mas sosiego

Su respuesta, si digno de su cuna

No viese en él un héroe. Si la temo,

No os lo debo ocultar, es porque le amo.

Permitidme, señor, que en vuestro seno

Mi inocente secreto deposite.

Confidente mas sábio ni mas tierno

No pudiera encontrar. Desde el instante

En que á don Pedro ví, sentí en mi pecho

Un afecto hasta entonces ignorado

Y en el deber de amarle, lo confieso,

Mi dicha se fundó. Juzgad ahora

Cuanto mi amor sus inmortales hechos

Habrán acrecentado. Cuando oía

Referir sus hazañas contra el fiero

Africano ¡ qué votos tan ardientes

Por su victoria dirigia al cielo!

¡ Cuál mi pasion su gloria celebraba!

En fin al verle regresar cubierto

De honor y de laureles para siempre

Uní mi corazon á sus trofeos.

Mas á par del amor crece mi pena

Y mi acerbo pesar cuando contemplo

Su fria indiferencia. Mi amargura

Devoro y mis suspiros en secreto.

Sin embargo una débil esperanza
 Me queda aún. Acaso lograremos
 El término feliz de sus desvíos.
 Algun dia, señor, podrá el exceso
 De mi cariño enternecer su alma.
 Esperad ese dia lisonjero,
 Y evitadme el horror de una repulsa
 X Que fallecer me haria de despecho.

EL REY.

¡Hija mia, que así quiero llamaros,
 Tal sabeis conmover mi tierno pecho
 Y tan dulce á mi amor es este nombre!
 Abandonad presagios tan funestos.
 ¡Cómo mi hijo á tantos atractivos
 Podrá ser insensible? ¡Ah! no lo creo.
 Hoy vereis su obediencia y su ternura
 Disipar.... Mas él viene.

CONSTANZA.

Si mi afecto,
 Si mi llanto, señor, os interesa....

EL REY.

Vuestra felicidad es cuanto anhelo.
 Fiad en mí; cesad ya de afligirme
 Con injustos temores.

ESCENA II.

El Rey, don Pedro.

EL REY.

Ya los pueblos
Celebraron bastante tus conquistas,
Y es hora ya que á los marciales ecos
Sucedan los alegres parabienes
Y la solemnidad de un himenéo
Que juraron dos Reyes: premio digno
De las hazañas que por tanto tiempo
Le han suspendido; que estrechar debia,
Ya que es fuerza decirte lo que siento,
Mas el amor que la razon de estado,
Y que ofrece á tus votos un portento
De virtud y un tesoro de hermosura.
En verdad me sorprende el poco aprecio
Que haces de esta aliänza, y que consientas
Que á ser feliz te obliguen mis preceptos.

DON PEDRO.

Mas esperaba yo de un tierno padre.
¿No os ha dicho bastante mi silencio?
Si le entendeis, si amais á vuestro hijo,
No me volvais á hablar de ese himenéo.

EL REY.

¿Qué dices, temerario? No sé cómo

Mi cólera reprimo. Pero quiero
 Disimularte aún tanta osadía
 Y apurar mi bondad. Yo no me ofendo
 De ver tu desamor á la Princesa.
 ¿Mas piensas que los Príncipes son dueños
 De elegir una esposa? No, hijo mio,
 De la ley general viven exentos.
 Lejos del trono tan vulgar idea.
 Si no siempre el amor permite el cielo
 Que nuestros himenéos solemnice,
 Esta dicha á los súbditos dejemos.
 Nuestra gloria se funda en inmolar nos
 Por la felicidad de nuestros pueblos.

DON PEDRO.

Esas severas máximas del trono
 No es justo que se lleven al extremo.
 Naturaleza tiene á pesar de ellas,
 No os ofendais, señor, otros derechos
 Mas justos, mas legítimos, mas santos.
 El último mortal, el mas abyecto
 Manda en su corazon; ¿y ha de privarse
 De tan dulce y sagrado privilegio
 Solo al hijo de un Rey? Mi excelsa cuna
 ¿Por qué ha de condenarme al desconsuelo
 De ser mi propio esclavo...? Mis palabras
 Excitan vuestra saña, bien lo veo.
 Yo mi perdon á vuestros pies imploro.
 ¡Ah señor! Acoged mi humilde ruego

Con paternal oído. Sin dignaros
 De consultar mi corazón primero,
 Ofrecísteis mi mano á la Princesa.
 Su virtud, su belleza sin ejemplo
 No os dejaban dudar de mi ternura...
 Mas, señor, un obstáculo secreto
 Que no es dado vencer al pecho mio.
 Me obliga á rehusar esè hímenéo.
 Señor, yo no he nacido para ella: #
 Fuerza es decirlo. Sé que es un modelo
 De perfeccion; pero ni puedo amarla
 Ni lo podré jamás. Si en algun precio
 Mi existencia teneis; si he dado pruebas
 De mi filial amor y mi respeto;
 Si de algunas virtudes fuí dotado,
 Si vuestro augusto solio defendiendo
 Me he mostrado hijo digno del mas grande
 De los Reyes, ceded á los derechos
 De la sangre, señor. Yo los reclamo.
 Revocad tan tiránico decreto.
 ¡Ah! No me reduzcais á la desgracia
 De ser rebelde á un padre que venero.
 La desesperacion puede arrastrarme
 A tan horrible y criminal exceso.

EL REY.

Yo te amo, sí, y hubieras ya sufrido
 La pena de tu ciego atrevimiento,
 Sí, á pesar de mi enojo, aun no dudase

Mi excesiva bondad llamarte reo.
 Mas no creas que falte á mi palabra.
 ¿Pretendes que me sirva de pretexto
 Tu injusta y caprichosa indiferencia
 Para violar los santos juramentos
 Que sellaron mi alianza con Fernando
 Y hoy mismo he confirmado? Si los pueblos
 Con la fe de sus Reyes no contasen,
 ¿Su magestad sagrada qué respeto
 Infundiera? Tan puro como el ara
 Su trono debe ser en todo tiempo,
 Y sus tratados firmes, inviolables
 Como lo son del cielo los decretos.
 ¿Quieres romper tan sacrosantos nudos
 Y á una guerra cruél comprometernos?
 ¿Que Fernando, sensible á tanto ultrage,
 Penetre vengativo en nuestro suelo,
 Y que rios de sangre...

DON PEDRO.

¿Contra Alfonso

Qué podrán sus furoros? Vuestro esfuerzo
 No tema provocar á un enemigo
 Que podeis abatir. Estando cierto
 De vencer en la lid, nadie la teme.
 Siempre, señor, vuestros pendones regios
 Coronó la victoria, y yo, yo mismo
 A vencer aprendí de vuestro ejemplo.
 Coged las palmas con que Marte os brinda:

Dilatad los dominios del imperio:
 Sujetad la Castilla: vuestras leyes
 Dictad á todos los vecinos pueblos.
 ¡Feliz yo, peleando á vuestro lado,
 Si con mi sangre vuestra gloria sello!

EL REY.

Ésa loca arrogancia no es mi regla.
 Tú hablas como soldado: yo procedo
 Como Rey. ¡Justo Dios! ¿Quién de mi solio
 Va á ser y de mis glorias heredero?
 Un jóven temerario, á la perfidia
 Y á la desolacion siempre dispuesto,
 Que en nada cuenta el bien estar, la sangre
 De sus vasallos.... ¡Ah! Yo compadezco
 A Portugal del hórrido destino
 Que le prepara tu ambicion sin freno.
 ¿Destinó Dios acaso los Monarcas
 A bárbaras conquistas? ¿Fué su objeto
 Los pueblos someter á nuestras leyes
 Para que en su miseria nos gocemos,
 Y su dicha, su paz, su propia vida
 Sean juguete del capricho nuestro?
 Juzga mejor del trono y las sagradas
 Obligaciones del poder supremo.
 Sábios depositarios de la sangre
 De todos nuestros súbditos, debemos
 Antes sus padres ser que sus señores:
 Debemos dirigir nuestros esfuerzos

A su prosperidad mas que á la nuestra,
 Y hasta la vida aventurar por ellos.
 La paz, la guerra, todo á su ventura
 Debe mirar, y siempre que el exceso
 De un valor indiscreto, de una gloria
 Imprudente á su bien anteponemos,
 Nuestro augusto caracter desmentimos.
 Piénsalo bien. El dia no está lejos
 De mi muerte. Recuerda tus deberes,
 Recuerda de un buen padre los consejos
 Cuando asciendas al trono soberano.
 Entre tanto no olvides que yo reino.
 Cese tu resistencia. Mi palabra
 Está empeñada y respetarla debo.
 No rehuses tu mano á la Princesa.
 Ella te ama y.... en fin yo te lo ordeno.

DON PEDRO.

Soy vuestro hijo, soy vuestro vasallo:
 Lo sé, mas.... yo no puedo obedeceros.

ESCENA III.

El Rey, don Pedro, la Reina, doña Inés.

EL REY.

Señora, ¿quién jamás lo imaginára?
 Mi hijo.... de decirlo me avergüenzo,
 Resiste mis deseos. El ingrato

Es inflexible á mi cariño tierno
Y á mis bondades. La solemne afrenta
Que hace á Castilla, á todos ha cubierto
De un eterno baldon: á vuestra hija,
A vos, á mí. ¡Oh furor! ¿Y su escarmiento
Aun puedo suspender? Quizá le impele
Otra pasión á tan culpable exceso.
Si descubro su cómplice....

LA REINA.

Miradla.

EL REY.

¡Inés!

INÉS.

¡Yo!

EL REY.

¡Y es posible!

LA REINA.

Sí: don Pedro

De sus débiles gracias seducido,
O de sus artificios, que es mas cierto,
Sacrifica una hija que idolatro
A su villano amor. No, no mintieron
Mis sospechas. Los ojos del Infante
Siempre fijos en ella, hace ya tiempo
Que me anunciaban tan funesta nueva.
No ha mucho que á la pérfida exponiendo
Mis pesares, leía en su semblante
El delito. Sus ojos no pudieron

El llanto contener, y á pesar suyo
Ví en ella de mis iras el objeto.
No bien me separé, los dos amantes
Se han visto, se han hablado de secreto,
Y al separarse en lágrimas bañados
Ambos han confirmado mis recelos.
Notad su agitacion.... Ved como tiembla.

INÉS.

¡Ah señor! No creais.... Saben los cielos....

DON PEDRO.

No me ofendas, Inés, con disculparme.
Señor, yo la amo y me glorío de ello.

EL REY.

¡Temeraria!

DON PEDRO.

En mí toda vuestra saña
Debeis saciar. Yo solo la merezco.
Inés no es criminal, y....

EL REY.

Calla, ingrato.

Señora, á vuestras órdenes la entrego
Mientras se justifica. Vigiladla,
Y hacedla custodiar en su aposento.

DON PEDRO.

¡Ah! ¿Y en sus manos ...

EL REY.

Sal de mi presencia
Y no me irrites mas. Oye: tus yerros

Bien puedes reparar en este día.
Si espira y obediente no te veo
Dejo de ser tu padre. Vete.

INÉS.

¡Oh pena!

DON PEDRO.

No os replico, señor, pero yo tiemblo
Por la mísera Inés. Sin mí.... Yo parto.
No os admireis si delincuente vuelvo.

ESCENA IV.

El Rey, la Reina, doña Inés.

EL REY.

Ya está visto: el ingrato menosprecia
Mi autoridad. ¿Qué haré? Piadoso cielo,
¿Seré Rey? ¿Seré padre? ¿Qué partido
He de tomar?.... Morir de sentimiento.

ESCENA V.

La Reina, doña Inés.

LA REINA.

He aquí las funestas consecuencias
De tu temeridad; mas del despecho,
Del ódio de una madre á quien ultrajas
No te libertarás. No, yo no puedo
Ver desairada á mi hija impunemente.

Quizá, si creo á mi furor inmenso,
No bastará tu sangre á mi venganza;
Y el Príncipe cruel. .. ¡Ah! Ya te observo,
Tú pierdes el color cuando le nombro.
Su peligro redobla tu tormento.
De vuestra criminal inteligencia
Cuanto mas me aseguro, mas violento,
Mas fiero es mi rencor. ¡Tiembra, infelice!

ESCENA VI.

La Reina, doña Constanza, doña Inés.

LA REINA.

¡Hija!

CONSTANZA.

Señora, ¿qué fatal suceso
Debo temer? de cólera inflamado
Ví al Príncipe salir, y al Rey inquieto,
Irritado, confuso. ¿Qué desgracia....

LA REINA.

El Príncipe se niega á tu himenéo.
He aquí el infame origen de tu oprobio.
Guardias llevadla. Tan cruel desprecio
Yo le sabré vengar aunque perezca.

CONSTANZA.

¡Oh madre! Perdonadla, os ruego.



ACTO TERCERO.

ESCENA I.

El Rey, la Reina.

EL REY.

Que venga, sí: apelemos al socorro
De la prudencia, y de mi justa saña
Interrumpamos el violento curso.
El cielo me lo inspira. De su alma
Penetrar me prometo los arcanos.
Hacedla conducir: yo quiero hablarla.
Quiero saber si es digna de castigo,
O merece perdon.

LA REINA.

¿Pues qué, no basta
La ternura que al Príncipe ha inspirado
A hacerla delincuente? Mas su audacia
No se contenta con sufrir que la amen.
Ella fomenta tan culpable llama.
Y lisonjea su insolente orgullo

Al ver el himeneo de Constanza
 Frustrado por su causa. Ella aventura
 Su libertad, su vida, y aun su fama
 Por conservar su criminal conquista.
 Uno de sus criados me lo acaba
 de confesar: el Príncipe guiado
 De la indigna pasión que le avasalla
 La vé todos los días en secreto.
 No extrañaré, Señor, que esa malvada
 Le incite á rebelarse. ¿Y es posible
 Sufráis que de sus crímenes se aplauda,
 En vez de intimidar con su castigo
 A las que se atrevieren á imitarla?
 Vos teméis incurrir en un exceso
 De rigor; ¿pero cuál de una insensata
 Piedad sería el fruto? El mundo viera
 Una Inés cada día que intentara
 Seducir á los hijos de los Reyes.
 No faltarán astutas cortesanas
 Que en la edad juvenil, siempre dispuesta
 A los vanos placeres, ciega, incauta,
 Osarán en sus mismos Soberanos
 Un esclavo buscar. De tal infamia,
 De tal escollo libertad prudente
 A vuestros hijos.... El terror abata
 De esas fieras beldades el orgullo.
 Hacedlas conocer cuanta distancia
 Hay desde el trono hasta su humilde suerte;

Y escarmienten de Inés en la desgracia!

EL REY.

En el primer impulso de mi enojo

Como vos yo queria exterminarla;

Pero un Rey ceder debe á la justicia,

Y jamas al furor de la venganza.

Mandad que al punto se presente.

ESCENA II.

EL REY.

¡Oh cielo!

¡Qué deplorable suerte me amenaza!

Yo temo á cada instante que de un hijo

La ciega obstinacion inesperada

No me reduzca al doloroso extremo

De castigar su culpa temeraria.

¡Permitid, justo Dios, que se arrepienta,

Y Alfonso pueda ser padre y monarca!

Yo de sus votos el fatal objeto

Le voy á arrebatár. ¡Con la esperanza

Pueda espirar su amor, y otro mas digno

Vuelva á mi pecho la perdida calma!

ESCENA III.

El Rey, doña Inés.

EL REY.

Acércate; no temas. Quizá esperas

De la boca de un Rey á quien agravias
Oír una sentencia rigorosa.

Inés, tú siembras la discordia insana;
En mi familia, y á ominosa guerra
Vas á incitar las armas castellanas
Contra tu patria misma. Sin embargo
No puedo persuadirme que olvidada
De tus deberes el amor apruebes
De un jóven imprudente, y que tu alma
Tenga parte en el crimen de tus ojos.
No obstante tu virtud, pueden tus gracias
Haber ocasionado los pesares
Que el corazón de un padre despedazan.
En fin todo lo olvido y lo perdono;
Nada reprendo, ni averiguo nada;
Pero es preciso todo repararlo,
Y á este solo designio eres llamada.

INÉS.

Siempre creí que un Rey justo y benigno
De mi suerte infeliz se lastimára,
Y antes de suponerme un negro crimen....

EL REY.

Oye, Inés: las virtudes, las hazañas
No olvido de tus claros ascendientes.
El trono portugués á sus espadas
Es deudor en gran parte de su gloria.
Vuestra sangre en la córte, en la campaña
Siempre ilustre, jamás envilecida,

Solo cede á la mia en Lusitania.
 Sobre todo no olvido que tu abuelo
 Fue el apoyo y la guia de mi infancia.
 Él me enseñó á reinar. La virtud misma
 Dictaba sus consejos, y á sus sábias
 Lecciones soy deudor de los aplausos.
 Con que el mundo me honra. Quien le ensalza
 De este modo ¿podría serle ingrato?
 No: justo es que mi deuda satisfaga.
 Recibe tú la digna recompensa
 De las virtudes que sus nobles canas
 Supieron inspirarme. Don Rodrigo
 Es de mi sangre: yo sé bien que te ama.
 Mil veces me ha rogado consintiese
 En vuestra union. En fin á sus instancias
 Cedo gustoso, y tan feliz enlace
 No puede nunca mancillar mi casa.
 Tu elevacion, al pueblo lusitano
 Hará bien conocer cuanto me es grata
 De un tierno y fiel amigo la memoria:
 Y que quien forma un Rey casi le iguala.

INÉS.

Los servicios, Señor, de mis mayores
 No son tan importantes, y es sobrada
 Recompensa el honor de haberlos hecho.
 Cumplieron su deber: esto les basta.
 Pero si, demasiado generoso,
 Hasta su misma obligacion sagrada

En mí quereis premiar; humilde os ruego,
Por único favor, por toda gracia,
Me dejeis disponer de mi albedrío.

La fe que don Rodrigo me consagra
Me confunde, señor, pues no me es dado
Merecer sus finezas, ni pagarlas.

¿De qué me serviría ese himeneo?

¿De qué tan alto honor, si nunca el alma....

EL REY.

Basta: te entiendo. Tu language altivo
Confirma mis sospechas. ¡Tú desairas
A un Príncipe!.... Ya veo los excesos
A que ese orgullo criminal te arrastra.

¡Qué! ¿te reservas para el hijo mio?

¿Eres tú; son tus perniciosas gracias
Las que le han sublevado contra un padre?

Quizá os pesa á los dos de que la Parca
Tarde en cortar mis importunos dias.

Mi vida es un obstáculo á esa llama

Pérfida y ambiciosa. Ese rebelde

Aspira á la diadema soberana

Solo por coronarte.... ¿Y quien, quién sabe
Si la severa ley por tí violada,

Un secreto himeneo ha consumado

Vuestro crimen?

INÉS.

Señor....

EL REY

Si por desgracia
 Lo llego á averiguar, ¡tiembla! no esperes
 Piedad de mí. Al momento tu garganta
 Expiará en el hórrido cadalso
 Tan enorme atentado.... La que osada
 Fuere al delito que de tí recelo,
 Por una ley á la postrer infamia
 Es condenada en público suplicio:
 Tu mismo abuelo á quien mi voz alaba
 La dictó; no lo ignoras, y á sus ruegos
 Juré solemnemente su observancia
 Hasta en su sangre misma. ¡Parecía
 Presagiar que tan torpe indigna mancha
 Un dia empañaria su pureza!....
 Inés! bien me conoces. Tus plegarias
 Intentarian desarmar en vano
 Mi inflexible justicia. ¡Desgraciada
 De tí si justificas mis temores!

ESCENA IV.

El Rey, la Reina, doña Inés.

LA REINA.

Corred, señor, corred.... El pueblo en armas
 A la voz de don Pedro se subleva.
 Arde do quiera la tremenda llama
 De negra rebelion. El acaudilla

La ilusa multitud que le proclama
Su Soberano, y la culpable huella
Guia furioso hácia el real Alcázar;

EL REY.

¡Oh atentado! ¡Oh desgracia que ni pude
temer ni prevenir! Seguidme, guardias.

ESCENA V.

La Reina, doña Inés.

LA REINA.

¡He aquí tu obra, pérfida!

INÉS.

Señora,

Excusadme el ultraje y la amenaza.

Por mas grave que sea vuestra pena,

La mia aun es mayor. Solo os alarma

El peligro de Alfonso. ¡Ah! Si perece

Don Pedro, se terminan vuestras ansias.

Yo por el padre y por el hijo tiemblo.

Venza, ó fuere vencido en la demanda,

Temo y lloro del Príncipe la muerte,

Temo y lloro su crimen.

LA REINA.

Inhumana.

¡Qué osas decir cuando al infando crimen

Le arrastra tu ambicion? Si no aprobáras

Esa pasion frenética, si al menos

No la inflamáras tú con la esperanza...
¿Mas por qué pierdo el tiempo en reflexiones?
El Príncipe te ama: esto me basta.
Te ama, sí; y yo de muerte te aborrezco.
Crímen es vuestro mi fatal desgracia
Y al cielo plegue que los dos... ¿Quién llega?
¡O Dios! Don Pedro. ¡Y la alevosa espada
Brilla desnuda en su iracunda mano!
¿Qué habrá sido del Rey? ¹

ESCENA VI.

Don Pedro, doña Inés..

D. PEDRO

Ya de la rabia

Libre te ves de tu enemiga fiera.

Ven, mi adorada Inés.

INÉS.

¡Oh desdichada

Mil veces yo! ¿Por conservar mis dias

¡Ay! era justo que al deber faltárais?

¡Un hijo ingrato, un súbdito rebelde

Será el objeto de mi pura llama!

¡Buen Dios! ¡he aquí de nuestra union funesta

El lamentable fruto! ¡Ah! ¡cómo mi alma

Reconoce su crímen en el vuestro!

1 Sale precipitada.

¿Qué miro? Y esa espada ensangrentada....
¿Dónde?... Yo tiemblo.... ¿Acaso en vuestro
padre....

DON PEDRO.

¡Ah! ¡qué horrible sospecha! No: mi saña
Supo evitar el parricida golpe.
Apenas á las puertas del alcazar
A mi padre diviso combatiendo,
Huyo su encuentro; dejo á las espaldas
Al pueblo conmovido; otro camino
Me abre el furor por medio de las guardias
Hasta llegar á tí, y el que se atreve
A resistirme con la vida paga.
¿Qué esperas? Ven, Inés,

INÉS.

¡Ah! no. Al delito
Temo solo. La muerte no me espanta.
Corred á defender á vuestro padre.
Salvadle del peligro y á sus plantas
Rendid humilde el sedicioso hierro.
Si no os es dado merecer su gracia,
A sus ojos morid. Cuando yo os pierda
Inocente, mi suerte será infausta,
Pero mayor será mi desconsuelo
Si el negro crimen á mi esposo salva.

DON PEDRO.

Deja que al menos tu preciosa vida
Asegure primero, y de mi audacia

Imploraré perdón. ¡ Ah! Por tí temo,
Por tí sola las iras del monarca.
Ya te lo he dicho: mientras tú peligros
Ningun respeto á contenerme basta.

INÉS.

Recobrad, recobrad vuestra inocencia.
Si mi amor, si mi fe, si mi constancia
Pueden algo con vos, dadme por premio
Vuestros remordimientos. ¡ Virtud santa,
Inspírale!

DON PEDRO.

Resuelve...

INÉS.

Ah; perdonadme;
Yo prefiero morir.

DON PEDRO.

Bárbara ingrata

¿ Rehusas mi socorro?

ESCENA VII.

Don Pedro, doña Constanza, doña Inés.

CONSTANZA.

Huid, don Pedro,
Si amais la vida. Vuestro padre acaba
De dispersar á la insolente turba
Con sola su presencia soberana.
La magestad con el furor unida

Confunde á los rebeldes, y la calma
 Restituye á Lisboa. Huid: Él viene....
 Su cólera tal vez.

DON PEDRO.

¿Y vos, Constanza,
 Por mi vida temblais? ¡Oh generosa
 ¡Princesa! Yo merezco vuestra saña
 Mas que vuestra piedad.

CONSTANZA.

Señor, yo veo

Vuestra cara existencia amenazada,
 No mis injurias. El rencor ahora
 De crüel y de vil me acreditará.
 Huid, no perdais tiempo. En hora buena
 Os siga mi ribal afortunada.
 Vivid, y todo os lo perdono.... ¡Oh cielos!
 ¡El Rey!

ESCENA VIII.

Los precedentes, el Rey, la Reina

EL REY.

¡Traidor! ¿qué dudas? ¿á qué aguardas?
 ¿Está tu brazo pronto al parricidio?
 Rinde esa espada, pérfido, ó traspasa
 con ella el seno paternal. Elije.

DON PEDRO.

Señor, esas palabras me la arrancan

De la mano. Mi pérdida es segura:
Lo sé. Os conozco bien. No me acobarda.
El peligro. Mi vida vale poco
Y quiero á mi deber sacrificarla.
Mi culpa castigad. Pero á lo menos
Halle, señor, en vuestro pecho gracia:
La inocencia ultrajada y desvalida.
Por libertar á Inés tomé las armas:
No ha sido otra la causa de mi crimen.
Al destino cruél que la amenaza
Ella misma ¡oh virtud incomparable!
Se quiere abandonar. ¡Desventurada!
Mis ruegos, mi despecho no han podido
Reducirla á la fuga; y su tirana,
Su implacable enemiga.... ¡Ah! No hay re-
medio.

Ella muere, si el cielo no la salva.

EL REY.

¿Qué dices, infeliz? Mas la condenas
Cuanto mas te interesas en su causa.
¡Tiembla por tí y por ella!

DON PEDRO.

Si es preciso

Que Inés perezca, la menor tardanza
En mi suplicio puede ser funesta.
Apresuradlo: mi cabeza caiga.
Un vengador tendrá mientras yo aliente.
¿Y quién, viéndome libre, quién osára

Perecer á mis ojos? Vos tan solo
Y la Princesa de mi ciega rabia
Podríais libertaros. A torrentes
Se veria correr la sangre humana,
Y dejaria á los futuros siglos
Padron eterno de mi atroz venganza.

EL REY.

Soldados, apartadle de mi vista.
Guardadle con atenta vigilancia
En su mismo aposento. ¹ ¡Hijo culpable!
¡Hijo ingrato y rebelde! ¿A qué desgracia
Reduces á tu padre? ¿Será fuerza
Inmolar una vida tan amada?
¡Oh justicia terrible! ¡Oh trono amargo!....²
² Llevaos á Inés. No me sigais, Constanza.
Ya veis mi situacion. La virtud misma
Me es importuna y mi dolor agrava.

PERECCER

¹ Parte don Pedro con los soldados.

² A la Reina, que se retira con doña Inés.



ACTO CUARTO.

ESCENA I.

EL REY.

• Haced venir al Príncipe. ¡Oh conflicto!
¿Cuál de tan triste vista, cielo santo,
El éxito será? si por desgracia
Aun desprecia mis leyes obcecado
Veré á mi hijo por la vez postrera.
¿Le habré obtenido; oh Dios! despues de tantos
Y tan ardientes votos: de su infancia
Habré yo mismo el vacilante paso
Dirigido á la gloria y las virtudes;
Habrá ribalizado en tiernos años
Con los mayores héroes, para verle
Con mas dolor morir en un cadalso?
¿Será un don de la cólera del cielo?
El era mi consuelo. ¡Ay! á su lado

1 A un guardia, y parte.

Veía alegre declinar mis dias.
 En el digno heredero de mis lauros
 Creía renacer, y dar á un tiempo
 Un rey y un bienhechor á mis vasallos.
 ¿Qué se han hecho mis dulces esperanzas?
 Ya solo eres objeto infortunado
 De una justa venganza. ¡Ellos te pierden
 Y tu padre infeliz! ¿Y cómo salto
 A la justicia? ¡Ah! ¡nunca! Tu suplicio
 Es un bien que les debo. ¡Horrible fallo!
 ¿Y yo he de pronunciarle? ¿Y me resuelvo
 A cumplir un deber tan inhumano?
 ¿Y tú, naturaleza, lo consientes?
 Yo debo condenarte, y cuando trato
 De seguir la virtud, siento en el alma
 Del crimen el horror. Aquí gritando
 Me está una voz secreta que disculpa
 Con tu excesivo amor tus atentados.
 Yo te he visto á pesar de tu delirio
 Y en medio de tus locos arrebatos
 Nunca faltar á la filial ternura
 Y morir de despecho y de quebranto
 Sin poder decidirte á aborrecerme.
 ¿Pero qué digo? ¿Al paternal halago
 Sucumbirá la magestad suprema?
 No: al título de rey augusto y sacro
 Ceda el de padre. Abandonar el trono
 Es fuerza, ó sus derechos ultrajados

Resolverse á vengar. Al delincuente
 Lloremos, su suplicio decretando.
 Sí: Portugal admire mi justicia.
 Consuele al justo, aterre á los malvados,
 Y al ver que á un hijo no perdona, nadie
 Se atreva á provocarla temerario.

ESCENA II.

El Rey, don Pedro.

EL REY.

El consejo va pronto á reunirse,
 Príncipe, y la sentencia que yo aguardo
 No debe sorprenderte, si tu furia
 Recuerdas y tu enorme desacato.
 La sumision empero y la obediencia
 Pueden aun reparar crimen tan alto
 Y alcanzarte perdon. Aun el cariño
 Inclina á tu favor, bien que indignado
 Mi corazon piadoso. Tú pudieras
 Acabar de vencerle, si á mis brazos
 Quisieras acogerte arrepentido.
 Yo mismo te lo ruego, sí: y no tanto
 Tu bien procuro como el mio propio.
 ¡Ah! no quieras privar á un triste anciano
 De su único consuelo. Yo te ofrezco
 Todo olvidarlo como des la mano

Hoy mismo á la Princesa. Si te obstinas
 En rehusar un nudo tan sagrado,
 Tú te pierdes y yo de pena muero.

DON PEDRO.

Señor, soy criminal; pero dignaos
 Conocerme mejor. Tened presente
 Que vos mi corazón habeis formado
 Magnánimo, insensible á las desgracias,
 Impávido en los riesgos. Los mas árdulos,
 Los mas terribles mi valor desprecia.
 ¿Y podríais, señor, sin sonrojaros
 Verme temblar á vista de la muerte?
 No. Del suplicio el fúnebre aparato
 No alcanzará de mí lo que el respeto
 Y el amor que os profeso no alcanzaron.
 He aquí mis sentimientos. Condenadme.

EL REY.

Ah! ¿Por qué aumentas mi dolor amargo
 Con tu fatal respeto? ¿Cruel! deja,
 Ya que mi indignacion has provocado,
 Que solo un hijo ingrato en tí contemple,
 Un mortal enemigo sanguinario
 Pronto á clavar en mi angustiado seno
 El puñal parricida. Así mi brazo,
 Mas firme en la justicia, castigára
 Sin desesperacion tus atentados.

DON PEDRO.

Debo morir.

EL REY.

La vida yo te ofrezco.

DON PEDRO.
Qué he de hacer?

EL REY.

Obedece mis mandatos.

DON PEDRO.

Y me arrebatan mi adorada prenda!

Señor, á tanto precio no me es dado

Comprar vuestra bondad.

EL REY.

Que entren los Grandes.¹

Y retirad al Príncipe.

ESCENA III.

*El Rey, don Rodrigo, don Enrique y
otros dos grandes del consejo.*

EL REY.

Sentáos.

Vuestras ardientes lágrimas me prueban

Cuanto os doleis de mi destino aciago.

Sí: parece que todos como Alfonso

Teneis que condenar á un hijo amado.

1 A un guardia.

Mas la justicia sola nos domine
 Y una tristeza inútil depongamos.
 Aquellos que al consejo de un Monarca
 El cielo destinó, solo su llanto
 Deben al menosprecio de las leyes.
 Todos sabeis que el Príncipe ha violado
 La fe de los tratados venerable:
 Que hoy mismo con las armas en la mano
 Ha forzado este alcázar sedicioso,
 Al fanático pueblo ácaudillando
 Que mi Trono y mi vida le ofrecia:
 Que á la inicua faccion me ha abandonado
 Contento con huir del parricidio,
 Y que de su furor víctima caigo
 Si el cielo y mi denuedo no me salvan.
 Venganza clama el sólio soberano.
 Sabeis el crimen: ordenad la pena.
 Vos, don Rodrigo, hablad.

DON RODRIGO.

Sabeis que amo
 A doña Inés, señor. Tal vez hoy mismo
 Me hubiérais hecho dueño de su mano
 Si antes su corazon no dominara
 El amor de don Pedro. ¡Y qué! ¿Mi labio
 A mi propio rival quereis que juzgue?
 Pues bien: yo os ruego consulteis humano
 Vuestra propia clemencia. Todo debe
 Por su vida, señor, interesaros.

De ella pende la gloria del imperio.
 ¿Quién podrá sostenerla? ¿Quién guiarnos
 Despues de vos por siempre á la victoria
 Los régios estandartes tremolando,
 Si don Pedro perece? Por mas grave
 Que sea su delito, á disculparlo
 Basta el menor de sus heroicos hechos.
 Decís, Señor, que viola los tratados...
 ¿Y se habrá de inmolar vuestra familia
 Por solo el interes de un reino extraño?
 Vuestro celo en cumplir lo prometido
 Basta á justificaros. Ni Fernando.
 A Constanza querrá dar un esposo
 Que solo deba al paternal mandato,
 Cuando el amor pudiera en otras córtés,
 Sin ir humildemente á mendigarlos,
 Corazones y cetros ofrecerla.
 No negaré que violentó el palacio:
 Convengo en su delito; mas no ha sido
 Usurparos el trono su conato,
 Ni menos atentar á vuestra vida.
 Solo de Inés el riesgo le ha forzado
 A un crimen, bien que enorme en la apa-
 riencia,
 Leve en la realidad. ¿Merece acaso
 La muerte porque quiso libertarla?
 Ved en él un amante despechado,
 Y no un hijo rebelde. Sed piadoso.

Restituidle Inés. Si es necesario
 Sea su esposa. ¡Oh Dios! ¡Con qué tormento
 Esta palabra sale de mis labios!
 ¿Mas qué importa? Salvadle aunque yo muera.
 El es vuestro sosten: yo nada valgo.

EL REY.

Ese esfuerzo magnánimo y sublime
 Es digno de mi sangre. ¡Ejemplo raro
 De generosidad! A vuestra gloria
 Quereis sacrificar vuestros mas caros
 Y dulces intereses. Como un héroe,
 No cual severo juez, habeis fallado.
 Hablad vos, don Enrique.

DON ENRIQUE.

Apenas puedo.

Respirar de dolor. ¡Deber tirano!
 ¡Buen Dios! don Pedro en el postrer combate
 Del alfange cruël del africano
 Salvó mi vida á riesgo de la suya.
 ¿Me habrá librado su valiente brazo
 Para juzgarle ahora? ¿Y yo podría
 Sobrevivirle? El debe serme grato
 Mas que á su padre mismo. El ser os debe,
 Y yo aliento por él.... Sé que á un vasallo
 De su deber no pueden eximirle.
 Gratitude ni cariño. En este sacro
 Tribunal á mi Rey y á la justicia
 Solo debo mirar. Yo seré ingrato,

Mas no traidor. El Príncipe merece
Pena de muerte. Buscareis en vano
Perdon en nuestras leyes á su crimen.
Los derechos, señor, que es necesario
En su sangre vengar, no los de Alfonso,
Son los del trono, son los del estado.
No puedo proseguir.

EL REY.

Acabad.

DON ENRIQUE.

¡Cielos!

Señor....

EL REY.

Dad vuestro voto. Yo os lo mando.

DON ENRIQUE.

Si la piedad en su favor os rinde,
No regirán el cetro vuestras manos
Sino á merced de su capricho. El pueblo
Que se creará temible, á cada paso
Dispuesto á sublevarse, la discordia
Civil encendería despreciando
Vuestra impotente autoridad. Don Pedro
Sería el verdadero Soberano,
Y el título tan solo os quedaria....
El me ha dado la vida, y yo inhumano
Proscribo su cabeza! ¡Ah! muy en breve
Le seguiré á la tumba.

EL REY.

¡Heróico rasgo!
 ¡Prodigio insigne de lealtad! ¡Y Alfonso
 Menos recto sería? No. Cedamos
 De la virtud al poderoso imperio,
 Y de naturaleza el eco blando
 Calle á la voz de la justicia santa.
 Y vosotros.... Ya veo demasiado
 Cual es vuestro dictamen. Ese triste
 Silencio profundísimo, ese llanto
 Mi deber me recuerdan. Yo condeno
 A mi hijo. El bien estar de mis vasallos
 Lo pide así. Si solo padre fuera
 Yo le perdonaria. Consolaos.
 Mi justicia liberta á vuestros hijos
 De un injusto poder. El temerario
 Que atropella las leyes, no conoce
 Freno que le contenga ni atentado
 Que no cometa. Preparad al reo.
 La sentencia está dada. Retiráos.

ESCENA IV.

EL REY.

¡Inflexible justicia! ¿Estás contenta?
 ¡Gloria inhumana que el teson romano
 Eternizó en la fama, yo te ofrezco
 Una víctima mas! Severo Manlio,

inexorable Bruto, Alfonso imita
 vuestra feroz virtud. Horrorizado,
 como á vosotros, me venere el mundo.
 Oh Dios que dísteis fuerzas á mi labio
 para dictar tan bárbara sentencia,
 terminad con la muerte mi quebranto!

E S C E N A V.

El Rey, la Reina, doña Constanza.

CONSTANZA.

Será cierto, señor? todo el consejo
 En lágrimas piadosas anegado
 se separa de vos. Nuestra desgracia
 Leo en su rostro. ¡Ah! no temia en vano
 vuestro rigor. ¡ Vos condenais á un hijo!

EL REY.

El deber me lo ordena.

CONSTANZA.

¿Y confesarlo
 ¿Y yo sin fenecer os oigo?

LA REINA.

O que tormento para un padre! ¡Cuánto
 padecerá vuestra alma! ¡Era preciso
 que su temeridad, su orgullo insano
 a la necesidad os redujera
 de castigar....

EL REY.

¿Por qué tan necesario
 Su suplicio juzgais? Cuando prefiero
 A mi amor mi deber; cuando inhumano
 Me atrevo á condenarle; vos debiérais
 Escuchar con horror y sobresalto
 La bárbara sentencia, y dolorida
 Implorar su perdon. Mas nada extraño.
 ¡Hijo infeliz, no tienes una madre
 Que me ayude á llorar tu fin infausto!

E S C E N A VI.

La Reina, doña Constanza.

CONSTANZA.

Aprovechad tan plácido momento.
 Redoble su ternura vuestro llanto;
 Salvad á un infeliz. Volad ¡Oh madre!
 Hablad al Rey: instadle: apresuraos.
 Vos obtendreis su gracia.

LA REINA.

Ya le sigo;

Pero temo....

CONSTANZA.

Corred. En vuestras manos
 El mas dulce anhelo del alma mia
 Impaciente abandono.

ESCENA VII.

CONSTANZA.

Un breve espacio
Debo hablar con Inés: id á traerla.
La Reina lo ha dispuesto.... No reparo
En implorar socorro por salvarle
De mi propia rival. Aunque á sus brazos
Yo le viera volver. ¡Feliz si libro
La preciosa existencia de quien amo!

ESCENA VI.

Doña Constanza, doña Inés.

CONSTANZA.

Don Pedro ha sido condenado.

INÉS.

¡Oh pena!

CONSTANZA.

Mi amor sabeis. No obstante sus agravios,
Mis celos, mi pesar, yo no conozco
Otro bien que su vida. No perdamos
Los momentos. La Reina en este instante
Ruega por él. Yo misma iré llorando

A las plantas de Alfonso. ¡ Llanto inútil
 Contra un Rey tan severo! Es necesario
 Procuremos al Príncipe un apoyo
 Mas poderoso. Vos sabreis acaso
 Qué resortes, qué amigos en su auxilio
 Podrían emplearse. Yo me allano
 A hacer en su favor cuanto vos misma
 Haríais siendo libre. Bien fiaros
 Podeis de mí. Dictad vuestros consejos,
 Que aunque espire, estoy pronta á ejecutarlos.

INÉS.

No acierto á responderos.... ¡ Ah señora!
 Vuestra heróica bondad, mi sobresalto,
 Me confunden.... El Príncipe no debe
 A vuestros ojos ser mas que un ingrato,
 Yo una indigna rival; ¡ y vos....

CONSTANZA.

Pensemos

En salvar á don Pedro. Ambas le amamos:
 La virtud nos iguala, y otra gloria
 Que la de conservarle, otro conato
 No nos puede guiar.

INÉS.

¡ Princesa amable!

Vos confortais mi pecho atribulado.
 ¡ Oh generosidad! ¡ Oh virtud suma!
 En mi duro conflicto aun veo un rayo
 De esperanza. Vos sola mi designio

Podeis facilitar si con recato
Me obteneis una audiencia del Monarca.
Habladle, y que no llegue á penetrarlo
La Reina. Si él consiente en escucharme,
Yo espero que don Pedro sea salvo,
Y tal vez para vos.

CONSTANZA.

Dar á mi celo

Esa oferta no puede mayor grado,
Y me ofendeis si así lo habeis creído.
Mas noble es mi pasión. El dulce lauro
De libertarle es todo cuanto anhelo.
Idos. Yo voy al punto á procuraros
Hablar al Rey. ¡ Los cielos os concedan
Enternecer su alma! Que apiadado
Al Príncipe perdone, y nada importa
Lo demas, si su vida aseguramos.



ACTO QUINTO.

ESCENA I.

La Reina, doña Constanza.

LA REINA.

¿Cuales son tus designios? ¿Con qué objeto
Pides al Rey que escuche á esa perversa?
¿Por qué, en vez de animarle á la venganza,
Mendigas con tu llanto injurias nuevas?
¿Dos amantes odiosos y culpables
Triunfarán de mi rabia y tu vergüenza!

CONSTANZA.

Sufrid que la virtud me haga dichosa,
Y no culpeis, señora, mi clemencia.
Así será menor la mengua mia.
Sí: yo quiero vengarme: pero á fuerza
De beneficios. ¡Ah! cuando pisamos
El suelo portugues, bien lo recuerda
Mi gratitud, los pueblos bendecian

Los dones de Castilla. ¡ Con qué tiernas
 Demostraciones recibidas fuimos!
 Creyeron que conmigo la risueña
 La hermosa paz venia.... ¡ Oh Dios! ¡ Y ahora
 De la celeste cólera tremenda
 Precursora he de ser? ¡ Yo encendería
 De la discordia la horrorosa tea?
 ¡ En la sangre de un hijo idolatrado
 Teñir veria la paterna diestra?
 ¡ Quéreis ¡ qué horror! que su dolor me acuse
 De la muerte de un héroe, su halagüeña,
 Su única esperanza?... ¡ Oh madre mia!
 Mi pena acrece tan terrible idea.
 ¡ Oh si Inés previniese tantos males!
 Mi corazon aun no se lisonjea
 De un éxito feliz; ¡ pero cuán cara
 Me seria, señora, si por ella
 Don Pedro se salvase!

LA REINA.

Tus bondades
 Mi rencor y mi cólera acrecientan.
 Haberte despreciado es un delito,
 Que nunca yo perdonaré. ¡ Pudiera
 ver con benignidad al inhumano
 Que con tanto descaro menosprecia
 Tu virtud y tus gracias? Ese monstruo
 Es el solo mortal que se atreviera
 A tan bárbaro ultraje. El es muy digno

De mi saña: ¿Qué madre á tal afrenta
Insensible sería?

CONSTANZA.

¿Vos mi muerte
Deseais!

LA REINA.

¿Aun le amas? ¿Aun conservas
Una indigna pasión?

CONSTANZA.

Sí: yo le adoro,
Aunque ingrato. Excusadme la violencia
De ese furor que el pecho me destroza.

LA REINA.

¡Culpable amor! ¡Hija infeliz! ¿Qué estrella
Infausta te persigue?... Pero en vano
Esa traidora conmovér intenta
El corazón del Rey. Yo no comprendo
Cual su esperanza, cual su apoyo sea;
Pero pocos instantes, lo aseguro,
Aunque Alfonso revoque la sentencia
Podrá gozar... No digo más. Mi encono
Te deja tu virtud y tu inocencia
Y carga con el crimen.

CONSTANZA.

¡Madre mia!
Salvadlos por mi amor.

LA REINA.

Tu amor me fuerza

A armarme contra ellos.

CONSTANZA.

¡Ah! Yo tiemblo.

ESCENA II.

El Rey , la Reina , doña Constanza.

EL REY.

No he podido, Constanza, á vuestras tiernas
Lágrimas resistir. En este instante
Conducida va á ser á mi presencia
La infortunada Inés. Pero no espere....
Idos: ya viene.

LA REINA.

Contemplad que es ella
La mas culpable.

CONSTANZA.

Oidla bondadoso,
Y vuestra compasion ambos merezcan.

ESCENA III.

El Rey , doña Inés , un Guardia.

INÉS.

No dudo que á su Rey la voz doliente.
Inés dirige por la vez postrera.

Pero primero para cierto encargo
De que ya está informado y me interesa
Permitid que disponga de este guardia,
Y que vaya al momento....

EL REY.

Obedecedla.

INÉS.

No tardeis en volver.

ESCENA IV.

El Rey, doña Inés.

INÉS.

A pesar vuestro

Vos condenais á un héroe que venera
El mundo; á un hijo á quien amais y os ama.
Esa frente, señor, toda cubierta
De triste palidez, harto me dice
Que la piedad en su favor os ruega.
La justicia inflexible, bien lo veo,
Os ha arrancado la penosa ofrenda
De los mas halagüenos sentimientos.
Con la virtud mas firme y mas austera
Quereis del universo ser asombro.
Conozco bien cuanto dolor os cuesta
Tamaño sacrificio. ¡ Ah! Ni pretendo
Que os separeis de la terrible senda
Que el deber de Monarca os ha trazado.

ed justo.... ¿Mas del crimen la apariencia
Castigareis como el delito mismo?

No es delincuente el Príncipe. Si huella

Los tratados, señor; si de Constanza

Al himeneo pertinaz se niega,

No le juzgueis por eso inobediente.

Ni arrebatáros quiso la diadema

Al penetrar armado en vuestro alcázar.

Ah! Bien pudo probaros su inocencia

Con sola una palabra. Ese silencio

Generoso creyó ser una deuda

De su cariño, y por salvar mi vida

Abandona al verdugo su cabeza.

Did pues la verdad. Yo soy su esposa.

EL REY.

Su esposa? ¡Oh Dios! ¿Qué escucho? ¿Y
tú, tú mesma

Me lo dices? ¡Oh audacia sin ejemplo!

Acaso esperas que de tí se duela

Quien á su misma sangre no perdona?

INÉS.

No señor; no. Mi confesion sincéra

Tiene objeto mas noble y mas piadoso.

Yo sola soy culpable: yo perezca

Y viva el inocente. Yo he violado

Esa severa ley que me condena

A muerte ignominiosa. Sus rigores

No alcanzan á don Pedro. Mi terneza,

Mi sacrificio, la sublime dicha
 De libraros á un hijo me consuelan
 Y á mis ojos mi culpa disminuyen;
 Pero es forzoso que á los vuestros sea
 Una rebelde de piedad indigna.
 Yo de las garras de la muerte fiera
 Le arrebaté, señor, siendo su esposa.
 Hoy tambien por librarle estoy resuelta
 A subir al patíbulo.... ¡ Ah! dos veces
 Le habré salvado y moriré contenta.

EL REY.

No: esa piedad no puede desarmarme.
 Yo me defenderé de tus cautelas,
 De tu misma virtud. No será impune
 Tu delito. Las leyes, mis ofensas
 Piden satisfaccion, venganza piden;
 Y lá tendrán.

ESCENA V.

*El Rey, doña Inés y dos niños conducido
por una nodriza.*

INÉS.

Pues bien: vengadas sean.
 Para saciar vuestra implacable saña
 Aquí teneis, señor, víctimas nuevas.
 Sacrificad los frutos malhadados
 De una union tan culpable y tan horrenda
 A vuestros ojos. ¿Qué esperais? sed sordo

A los remordimientos. Nuestra pena
erá así mas terrible. Ellos y el mundo
ignoran que su sangre es sangre vuestra.
Reconocedla y derramadla luego.
Dí: dejad la justicia satisfecha
Exterminando al padre y á los hijos
El hierro mismo que á la madre hiera.

EL REY.

Desgraciada! ¿qué has dicho? ¡Oh Dios!
¿qué objetos
Ofreces á mi vista?

INÉS.

No os ofenda

Mi language: el despecho me le dicta.
No negareis que á vuestra real diadema
Ambos tienen derecho.... Id, hijos míos:
Implorad humillados su clemencia.
Abrazad sus rodillas.... ¡Ah! miradlos
Con ojos paternales. Vuestra excelsa
Sangre en ellos mirad, y no la mia.
Su candor y sus lágrimas merezcan
El perdon de su padre y vuestro hijo.
Si de sangre la ley está sedienta,
Verted, señor, la mia. Solo os ruego
Que á mi adorado esposo oculta sea
Mi desastrada muerte. Él moriria
De rabia y de dolor si la supiera.

EL REY.

1 Id á buscar al Príncipe. Decidle
Que Inés es suya; que á mis brazos vuelva:
Que todo lo perdono.

INÉS.

¡Justo cielo

Qué ventura sucede á mi miseria!

¡Mi juez se ha convertido en tierno padre!

Yo estoy fuera de mí.... ¡Ah! ¿Quién creyera

Que de gozo espirára á vuestras plantas

Quien pensó de dolor morir en ellas?

EL REY.

Levántate, hija mia. En las caricias

De estos dos niños que mi seno estrecha

Empiezo ya á gozar los dulces frutos

De mi benignidad. ¡Naturaleza!

Tú has vencido. Mas valen tus derechos

Que leyes, juramentos y promesas.

Cuenta de hoy mas, Inés, con mi cariño

Y mi constante proteccion. Conserva

Al esposo que al fin te restituyo

El tierno y puro amor que le profesas.

INÉS.

¿Qué es esto, santo Dios? La voz me falta.

Las fuerzas me abandonan. En mis venas

Arde la sangre. ¡Qué dolor! ¡Qué horribles

1 A un guardia.

Convulsiones! Quitad de mi presencia,
Retirad á mis hijos. Con su vista
Mi martirio y mis ansias se acrecientan. ¹
¡Esposo mio! tu fatal presagio
Cumplióse al fin.

EL REY.

¡Oh bárbara fiereza!
¡Oh perfidia! ¡oh venganza sanguinaria
De implacable muger! ¡Aun esta prueba
Me reservaba el cielo? ¡Miserable!
¿Dónde huiré?

ESCENA VI.

Los precedentes, D. Pedro y D. Fernando.

DON PEDRO. ²

Vuestra bondad inmensa,
Señor....

EL REY.

Déjame.

DON PEDRO.

¿Huis de vuestro hijo?
¡Ah! permitid que á vuestras plantas régias
Mi gratitud, mi júbilo demuestre.
Vos me volveis á Inés; y tal fineza....

1 La nodriza se retira á un extremo con los niños.

2 Sin ver á doña Inés ni á sus hijos.

EL REY.

¡Desventurado! en vano te la vuelvo...
Mirala moribunda.

DON PEDRO.

¡Impía, horrenda
Traicion que clama al cielo! ¡Inés! ¡mi vida!
¡Oh tormento! La sangre se me hiela.

INÉS.

A un tiempo, caro Príncipe, su gracia
Y su suplicio Inés experimenta.
No puedo, no, quejarme de mi suerte,
Pues permite en mi hora postrimera
Que vuestra esposa sin rubor me llame
Y que un padre benigno lo consienta.

DON PEDRO.

¡Dónde está, dónde la inhumana furia
Que la muerte te dió? Mi airada diestra
Te vengará en su sangre abominable,
Aunque la esconda el centro de la tierra.

INÉS.

¡Ah señor! por piedad tranquilizaos.
Contened esa cólera funesta.
No pretendais vengarme. Vuestra vida
La debéis al favor de la Princesa.
Ella os ama. Yo os hice desgraciado.
Sed su esposo. Feliz sereis con ella.
Amad y consolad á vuestro padre.
Y no olvidéis.... Yo muero. A Dios.

EL REY.

¡Oh pena!

Retíradla.

DON PEDRO.

Dejadme que la siga.

Dejad, amigos, que con ella muera.

¡Oh desesperacion! ¡Oh rabia! ¡Oh crimen!

EL REY.

¿Qué vas á hacer? Detente.

DON PEDRO.

Inés es muerta,

¿Y me lo preguntais?

EL REY.

¡Hijo!

DON PEDRO.

Mi espada

Hasta su tumba me abrirá una senda.

¿Mas quién me la quitó? ¡Todos me venden!

Volvédmela, crueles.

EL REY.

¡Ah! modera

Tu furor temerario. Vive, ingrato,

Vive para tu padre. Considera

Que tu muerte al sepulcro me llevará.

Vive para la gloria si la aprecias,

Vive para la pátria, y en fin vive

Para tus hijos. Inocentes prendas

De un amor perseguido y desgraciado,

Enterneced su corazon de piedra.
¡Huérfanos infelices! Vuestro padre
Os quiere abandonar. ¹

DON PEDRO:

¡Ah, qué sorpresa!
¡Hijos míos! venid. Solo vosotros
Me haríais tolerable la existencia.

1 Llegan los niños: don Pedro los acaricia enter-
necido.

